

cita de

Nick Hornby

el martes por la noche me dedico a reorganizar mi colección de discos; es una cosa que suelo hacer en época de altibajos emocionales. Habrá gente a quien le parezca una forma bastante aburrida de pasar una velada, pero yo no estoy entre ellos. Mi vida es mía, es ésta, y resulta agradable sumergirse en ella hasta los codos, tocarla con los dedos.

Cuando Laura estaba aquí conmigo, tenía los discos ordenados alfabéticamente; antes los había clasificado por orden cronológico, empezando por Robert Johnson y terminando no sé por dónde, por Wham!, por algún africano, por lo que estuviera escuchando cuando nos conocimos Laura y yo. Esta noche, en cambio, me apetece algo muy distinto, así que voy a intentar recordar el orden en que los he ido comprando: de esa forma espero escribir mi propia autobiografía, pero sin tener que molestarme en coger la pluma. Saco los discos de los estantes, los coloco en montones por el suelo del cuarto de estar, busco Revolver y empiezo por ahí, cuando he terminado, me siento de puta madre, ya que a fin de cuentas ése soy yo. Me agrada ver cómo he pasado de Deep Purple a Howling Wolf en veinticinco jugadas; ya no me reconcome recordar la melodía de Sexual Healing, que escuché mientras duró una larga temporada de celibato forzoso, ni me avergüenza tampoco acordarme de que formé un club de rock en la escuela, una estupenda idea para reunirme con los demás chavales de octavo y charlar de Ziggy Stardust y de Tommy hasta hartarnos.

Pero lo que de veras me gusta es la sensación de seguridad que me produce mi nuevo sistema clasificatorio; así me he convertido en algo más complejo de lo que soy en realidad. Tanto unos dos mil discos y ahora hay que ser yo, o como mínimo el doctorado en Fleminogología, para saber por dónde encontrar cualquiera de ellos. Si me apetece poner, es un decir, Blues de Joni Mitchell, tengo que acordarme de que lo compré para regalárselo a una persona en el otoño de 1983, y que me lo pensé mejor y que decidí quedármelo, por razones en las que ahora no me apetece entrar. Vaya, vaya: de todo eso no tienes ni la menor idea ¿eh? Así que estás que no sabes ni por dónde te hallas, ¿no? Pues tendrás que pedirme que te lo encuentre, y por alguna razón esto me resulta de lo más reconfortante.

✍ 'Alta fidelidad' de **Nick Hornby**. Ediciones B, 1997